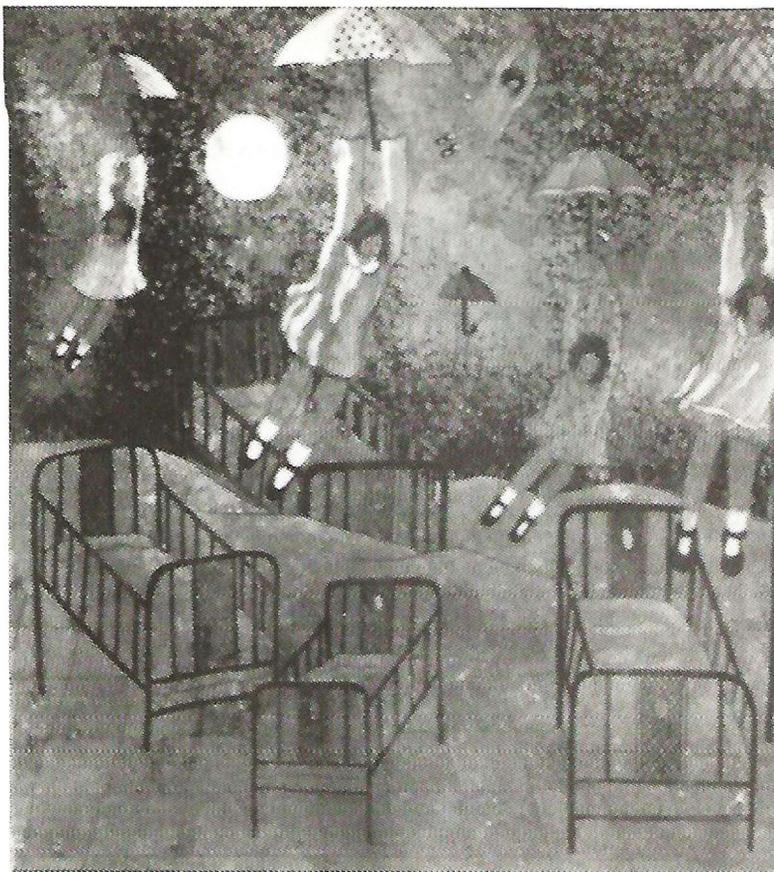


La vecindad de pensamiento y poesía



Dorieé Acosta. *Parece un sueño*. 2000. Linóleo. 20 x 20 cm

*Los troncos vecinos de la poesía son el canto y el pensamiento.
Los tres brotan del ser y se elevan en su verdad.
Su relación nos da a pensar aquello que Hölderlin canta
de los árboles del bosque:
“y quédanse sin conocerse el uno al otro, los troncos vecinos,
el tiempo que están en pie”.*

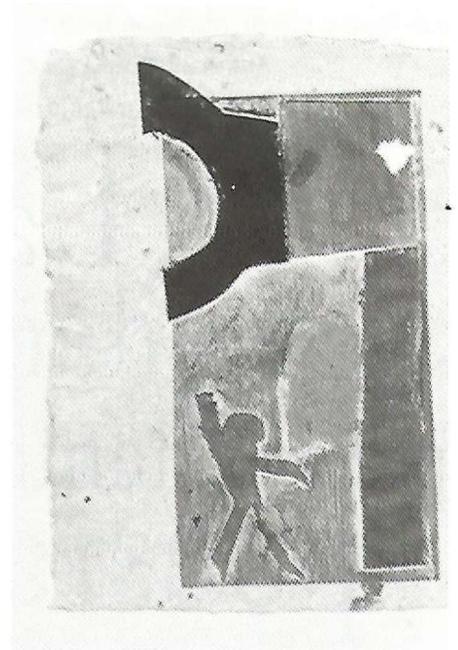
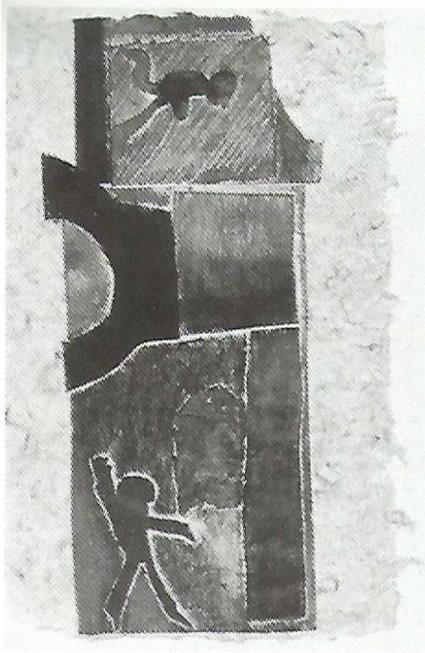
Hölderlin¹

Por Beatriz Elena Bernal R.

Si nos acercamos al pensamiento de Martín Heidegger con el afán de apresar en un concepto, en una definición, en un enunciado, lo que significa en cada caso el pensar, el poetizar, el lenguaje, seguramente seremos invadidos por un gran desconcierto. Su pensamiento no se mueve en la esfera de la lógica tradicional, de modo que no puede ofrecer una fórmula concluyente. Si, por el contrario, nos disponemos a hacer una experiencia con el pensar,

una experiencia con el poetizar, una experiencia con el lenguaje, saldremos necesariamente reconciliados. La experiencia pensante con el lenguaje que realiza Martín Heidegger en las conferencias recogidas bajo el nombre *De camino al lenguaje*, pronunciadas entre los años 1950 y 1959, se mueve en medio de la vecindad de pensamiento y poesía. Por eso, Heidegger no se propone ir al encuentro de la vecindad, tampoco hacerla posible, ni mucho menos demostrarla;

¹ HEIDEGGER, Martín. *Desde la experiencia del pensamiento*. Barcelona, Península, 1986.



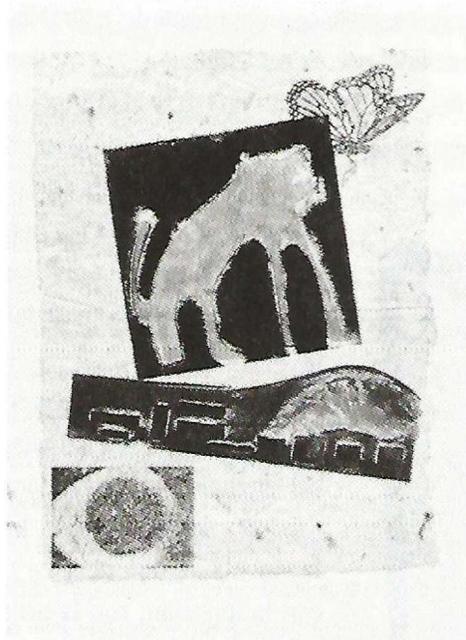
desde ya la vecindad es aquello que procura la posibilidad de hacer una experiencia pensante con el lenguaje. No es hablando sobre el lenguaje como es posible tener una experiencia con él; ello no sería más que forzarlo en su acaecimiento, presionarlo a venir más para nuestros intereses inmediatos. Hacer una experiencia (*erfahren*) significa alcanzar algo en la andanza de un camino, dejándose interpelar por aquello que nos demanda e invita a pensar. En el intento de hacer una experiencia con el lenguaje, en el extrañamiento de la senda, Martín Heidegger se ve conducido a prestar atención a la experiencia poética de Hölderlin, Georg Trakl, Stefan George y Novalis.

Desde el inicio, Heidegger reconoce la gran desconfianza que se produce cuando se habla de vecindad entre pensamiento y poesía. Ello proviene de nuestro hábito de representarnos el pensar como un razonar y de que, en consecuencia, adoptamos el pensamiento como el resultado de un raciocinio dirigido por el cálculo. Según este modo de considerar, la distancia entre el pensamiento y la poesía es evidente, pues mientras el pensamiento se halla signado por la ló-

gica, la poesía pertenece al mundo de la fantasía y la imaginación. Frente a semejante postura, Heidegger se levanta para afirmar, por el contrario, la ineludible y originaria vecindad de pensamiento y poesía. En este ciclo de tres conferencias que lleva por título *La esencia del habla*, dictado en 1957 y 1958, se expresa:

Como tales, la poesía y el pensamiento siempre fueron preeminentes. Su vecindad no les ha caído del cielo, como si, por sí solos, pudieran ser lo que son fuera de su vecindad. Por ello debemos hacer la experiencia de ellos dentro de y desde su vecindad, esto es, desde aquello que determina la vecindad como tal. La vecindad, se ha dicho, no procura primero proximidad, sino que la proximidad hace advenir vecindad.²

Ser “vecino de” es habitar en la proximidad de otro y, de ese modo, el otro llega a ser vecino. Vecindad es la relación que resulta del establecimiento del uno en la cercanía del otro, esto es, del uno que ha venido a la proximidad del otro. Hablar de vecindad de pensamiento y poesía significa que el que originariamente la poesía ha venido a establecerse en la proximidad del pensamiento y, a su vez, éste se ha hecho vecino de aquélla. El “ámbito” en el cual yacen pensamiento y poesía es el mismo; la diferencia



Lina María Maldonado. *Diálogos de sueño en un bosque mojado.* 1999. Técnica Mixta. 50 x 70 cm

reside en la “región” a la cual cada uno pertenece y que determina su modo peculiar de relacionarse con el lenguaje. La mismidad del ámbito que guarda la vecindad, incluye la diferencia de la región del pensamiento y la región de la poesía. Heidegger comprende por “región” el Claro (*Lichtung*) donde tanto lo develado como lo ocultado llegan al espacio libre. Desde allí es posible comprender la mismidad de sus ámbitos y la diferencia de las regiones.

En una forma figurativa, intenta ilustrar la relación entre pensamiento y poesía, señalando cómo el lenguaje constituye el “elemento” común en el que se mueven ambos, pero para cada uno este elemento es diferente, así como el agua es para los peces y el aire es para los pájaros; pronto Heidegger encuentra inapropiado el término “elemento”, en cuanto que el lenguaje no es elemento solamente del pensamiento y la poesía, y por ello prefiere adoptar el término de ámbito y la noción de región. En la *Esencia del habla* se lee:

Poesía y pensamiento se necesitan mutuamente en su vecindad, cada uno a su modo cuando se llega al límite. La región en la

que la vecindad misma tiene su ámbito, esto la poesía y el pensamiento, lo determinan de modos distintos, pero siempre de forma tal que se encuentran en el mismo ámbito.³

Vecindad (*Nachbarschaft*) significa, pues, habitar en la proximidad, el en-frente-mutuo de pensamiento y poesía, sólo si se lo acepta en su procedencia del en-frente-mutuo de la cuaternidad (*Geviert*) de cielo y tierra, inmortales y mortales. Así pues, la proximidad vecinal de pensamiento y poesía tiene su procedencia original desde la proximidad vecinal de las cuatro regiones del mundo que, según Heidegger, hacen posible nuestra estancia en él.

Por otra parte, esta vecindad no ha de ser medida a partir del espacio y el tiempo tomados como parámetros; Heidegger muestra cómo dos casas de campo separadas por una hora de camino podrán guardar una más profunda vecindad que dos casas urbanas localizadas una al lado de la otra. La medida espacio-temporal no dice nada de la intimidad, ni siquiera la enuncia. El lenguaje es la proximidad misma. Lo que procura la vecindad de pensamiento y poesía es el lenguaje; ellos son los modos pre-eminentes del lenguaje. No se desconoce en tal afirmación que el habla cotidiana haya sido en su origen un poema, pero sí se admite que este poema originario se ha ido desgastando con el trajín diario, de suerte que hoy no constituye un verdadero nombrar, apenas alcanza el designar: atrapado en el ente particular, queda reducido a la descripción de hechos, sucesos, acontecimientos, conformándose con rodear con palabras vacías las cosas.

Pensamiento y poesía han sido y son los modos pre-eminentes del lenguaje porque en ellos lo que se dice es un nombrar. En el nombrar, la palabra da el ser, ella es la donante de ser. Lo que aún no ha sido nombrado no es, tal como lo expresa el último verso del poema *La palabra* de Stefan George: “Ninguna cosa sea donde falta la palabra”.⁴ La palabra confiere ser a la cosa solamente si se trata de la palabra apropiada, la que habla de lo que más cercanamente nos concierne. Este nombrar no puede ser un mero rodear con palabras las cosas, una simple designación de

acontecimientos, ni una expresión fónica que se interese por la descripción de la realidad. En el nombrar del poeta y en el nombrar del pensador, la palabra es invocación, invitación a venir a la presencia a las cosas y al mundo. La presencia así invocada en el nombrar, permanece resguardada en su lejanía por no constituir lo “ante los ojos”. Tal nombrar se encuentra próximo al silencio, según esto; Heidegger transforma el verso de Stefan George: “Ninguna cosa sea donde falta la palabra” en el pensamiento: “Un ‘es’ se da donde se quebranta la palabra”. Pareciera que este pensamiento entrase en contradicción con el verso, pero al contrario, lo piensa, lo reafirma. Cuando el nombrar es un invocar se confiere ser, en la ausencia de este nombrar el ser no viene a la presencia; extrañamente, en la proximidad del ser la palabra se quebranta, se aproxima al silencio, enmudece.

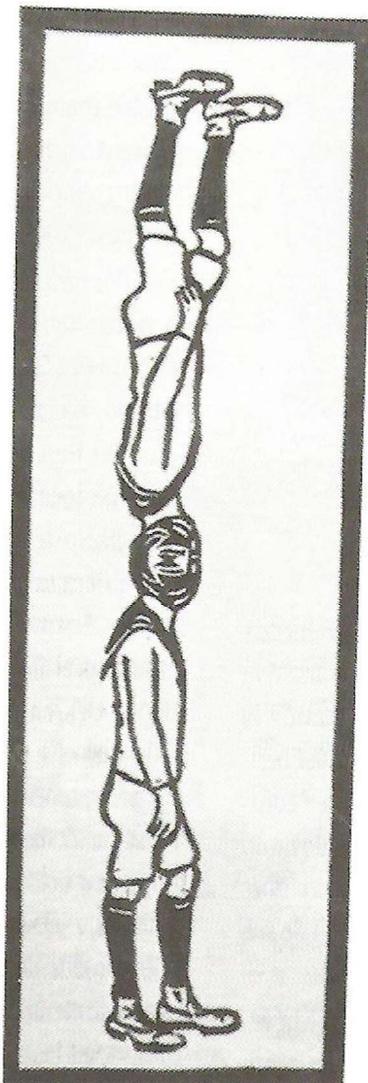
Naturalmente, la invocación del poeta no proviene de sí, viene de atender al llamamiento del lenguaje, que Heidegger ha querido nombrar como ‘el son del silencio’. En la invocación, el poeta escucha el llamamiento del lenguaje, del son del silencio, y trata de corresponder a él llevando hasta el reino de la palabra su experiencia poética con el son del silencio. Pensar y poetizar es escuchar el lenguaje, que mantiene un monólogo consigo mismo. Podrá sonar extraña la afirmación anterior, por cuanto asevera del lenguaje algo que no es humano. Al hablar del monólogo del lenguaje,

Heidegger se propone precisamente dejar atrás las consideraciones acerca del lenguaje como una propiedad del hombre, como una actividad humana. El hombre no es el dueño del lenguaje, no es su propietario.

No quiere decir esto que el lenguaje no requiera del hombre; el lenguaje necesita del hombre para resonar pero es independiente de él.

Igualmente, Heidegger se propone dejar atrás otra visión acerca del lenguaje, que ha permanecido canónica desde Aristóteles, la cual lo vincula en una relación única con la fonación, con la articulación de sonidos. De acuerdo con esto, sólo se habla cuando se pronuncian palabras, esto es, al emitir sonidos debidamente articulados. El monólogo que mantiene el lenguaje consigo mismo lo denomina Heidegger el son del silencio, porque es lejano a toda idea de fonación, de articulación de sonidos. En el tratado titulado *Sobre la enunciación*, Aristóteles concibe la fonación vocal como un mostrar los padecimientos del alma y, las letras escritas, como una designación de los sonidos vocales. Este mostrar tenía el sentido de un dejar-aparecer que posteriormente declinó en un mero designar, esto es, en una relación convencional

entre el signo y lo designado. De allí proviene, según Heidegger, nuestra habitual manera de representarnos el lenguaje desde la fonética-acústica-fisiología, tomándose al lenguaje en la exclusividad de la lengua. El lenguaje no puede quedar atrapado en el círculo cerrado de la lengua. *La Carta al humanismo* habla del lenguaje como el recinto del ser y, de los poetas y pensadores, como sus vigilantes. El lenguaje



Juan Eduardo Páez. *Engendramiento de los niños*. 2000. Linóleo. 15,5 x 44,5 cm

concede a los mortales el que puedan habitar en el ser y hacerse hablantes.

Llevar el lenguaje como lenguaje hasta el lenguaje significa en Heidegger primeramente el encaminarse del lenguaje en cuanto decir insonoro —decir que es fundamentalmente un mostrar— hasta la resonancia de la palabra. El lenguaje siendo independiente del hombre, requiere de él, lo necesita para poder resonar. “Camino al lenguaje” quiere decir, en primer lugar, esta andanza del lenguaje que merced al advenimiento apropiador se manifiesta en la palabra resonante; en consecuencia, también quiere decir el ponerse-en-camino del hombre hasta lo que le es más próximo y por ello ha sido siempre lo más lejano, el lenguaje. Sólo a veces los mortales escuchan el llamamiento del son del silencio y lo hacen resonar. La palabra del pensador y la palabra del poeta nacen primero del escuchar “la inaudible llamada de la calma” y, seguidamente, es un corresponder a ella. Pensar y poetizar son corresponder al llamado del son del silencio con el lenguaje más puro.

En la experiencia pensante y en la experiencia poética se corre el riesgo de que el lenguaje, en lugar de obsequiar la palabra apropiada, se decida a rehusarla. El peligro brota de la misma naturaleza del lenguaje, que en ocasiones es donación y a veces es retención. La palabra puede ser promesa o retención. Únicamente la palabra confiere ser a la cosa, si la palabra constituye un verdadero nombrar. Por eso Heidegger prefiere hablar de la “palabra apropiada” para designar la palabra de los poetas y pensadores, diferenciándola de la palabra inesencial del habla cotidiana; la palabra apropiada es aquella que funda lo permanente y, de este modo, hace venir a las cosas a la presencia pero, a su vez, las mantiene resguardadas en su lejanía. Con otras palabras, Gianni Vattimo ha sabido entrever en su obra *Introducción a Heidegger* el verdadero sentido del lenguaje en el filósofo alemán:

Si es en el lenguaje donde se abre la apertura del mundo, si es el lenguaje lo que da el ser a las cosas, el verdadero modo de ir “a las cosas mismas” será ir a la palabra. Esto ha de entenderse en su sen-

tido más literal: Las cosas no son fundamentales cosas por estar presentes en el “mundo exterior”, sino que lo son en la palabra que las nombra originariamente y las hace accesibles hasta en la presencia temporo-espacial.⁵

Por otra parte, se advierte que al hablar de vecindad de pensamiento y poesía la expresión no quiere decir igualdad, ni mucho menos identidad. La palabra vecindad puede ser tomada por mismidad, a condición de pensar lo mismo desde la diferencia. Sólo desde allí es posible admitir que pensamiento y poesía sean lo mismo, sean lo diferente reunido en una armonía originaria: “poesía y pensamiento, sin embargo, son modos de decir; aún más, son modos eminentes. Si los dos modos del decir deben ser vecinales desde su proximidad, entonces la proximidad misma debe prevalecer por el modo del decir. La proximidad y el decir serían entonces lo mismo”.⁶ Heidegger está muy lejos de considerar que la vecindad de pensamiento y poesía puede agotarse en la amalgama de ambos modos del lenguaje, como si cada uno se apropiase de los aspectos inciertos del otro. En cambio, asegura que a la poesía y al pensamiento los mantiene separados una luminosa diferencia: la poesía es esencialmente canto donde el misterio brota en la plenitud de la sonoridad; en cambio, el pensamiento adviene como discurso en prosa, su forma esencial es la discursividad y la especulación. Se trata de una suerte de paralelas, la una en frente de la otra; cada una posee la dirección que le es peculiar, sin olvidar que las paralelas se entrecruzan en el infinito. En el en-frente-mutuo de estos dos lenguajes, la divergencia presentada en ellos por cuanto la poesía se halla entrelazada al canto y el pensamiento al discurso especulativo, se constituye el fundamento que le permite a Heidegger separarse de la consideración romántica acerca de su “identidad” y proponer mejor la noción de “vecindad”.

Del mismo modo, Hans Georg Gadamer, en el ensayo que lleva por título *El fin del arte* incluido en la obra *La herencia de Europa*, hacia el final de este escrito realiza una serie de anotaciones sobre la poesía, en las que es fácil reconocer una gran afini-

dad con el pensamiento heideggeriano. Allí, Gadamer comprende la poesía en la plenitud de su esencia como una unidad indisoluble de sonoridad (*Klang*) y de significado (*Bedeutung*), de tal forma que es imposible aislar o separar el sonido del significado pues, desde el momento mismo de la creación poética, ambos han brotado de una misma fuente: “Existen en el texto poético original unos matices de significado y sonoridad tan íntimamente entretejidos, que su ratificación significa un reconocimiento previo”.⁷ Un texto poético, señala Gadamer, no requiere la ratificación exclusiva del lenguaje significativo; su lectura genera en el lector un especial reconocimiento, el cual entra a participar activamente, completando con su presencia comprensivo-interpretativa el mismo texto poético; se descubre la verdadera intervención del lector, el cual pasa de ser el simple descifrador del sentido de un texto, para convertirse en aquél que, mediante el impulso imprimido por su experiencia, sea capaz de ofrecer una representación innovadora e introducir nuevos elementos interpretativos.

El interés se dirige propiamente hacia el internarse del pensamiento en la poesía, aunque ello suponga el lugar de varios peligros: reducir la poesía a ser mera justificación para el pensamiento en el olvido de su plena esencia, presentar la tarea del pensamiento como algo demasiado fácil, sobrecargar el poema con un exceso de pensamiento, dejando de escuchar la música del canto o, por el contrario, pensar muy poco el poema, desconociendo que en toda verdadera poesía se alberga un pensamiento. Estos peligros desaparecen si la experiencia se realiza en la vecindad de pensamiento y poesía, y el pensar se comprende como lo que está antes de toda razón y, más aún, lo que es anterior a toda separación de lo racional y lo irracional. En el ensayo titulado *El final de la filosofía y la tarea del pensar*, Heidegger afirma:

Tal vez hay un pensar más sencillo que el imparable desencadenamiento de la racionalización, y el arrastrar tras de sí de la Cibernética. Es posible que sea sumamente irracional precisamente ese arrastrar. Tal vez hay un pensar fuera de la distinción entre racional e irracional, más sencillo todavía que la técnica

científica, más sencillo, y por eso, aparte; sin efectividad, y, sin embargo, con una necesidad propia.⁸

El pensar que piensa la verdad del ser reluce por “el esplendor de su sencillez”: en la obra *¿Qué significa pensar?*, una serie de lecciones dictadas durante los años 1951 y 1952, Heidegger igualmente había entrevisto lo sencillo del pensar: quizá el pensar, dice, no sea otra cosa que algo semejante a un oficio manual. El pensar habrá de vérselas con el ser, del mismo modo que el carpintero se relaciona con la madera. En el oficio manual, el artesano toca con sus manos la naturaleza, en este caso, la madera, a diferencia del obrero industrial cuya mano se relaciona con palancas o botones, y cada vez está más lejos de lo natural. Sólo en el hombre el pensar y la mano existen al mismo tiempo; por ello un trabajo manual sólo puede realizarlo aquél a quien le haya sido dado el pensar. El que el oficio manual haya sido desplazado por el oficio técnico incide profundamente en el sentido originario del pensar. Esta sencillez del pensar lo hace más cercano al reino de la poesía que al pensamiento calculador propio de las ciencias. Ciertamente, preguntando Heidegger por el significado del pensar, le acomete la necesidad de fijar sus relaciones con las ciencias y la poesía. En *¿Qué significa pensar?* puede leerse:

¿Pero acaso no hemos considerado el pensar como próximo a la poesía, haciéndolo contrastar con la ciencia? Mas esta proximidad es algo esencialmente distinto de una insípida nivelación de diferencias. La afinidad esencial entre la poesía y el pensar, lejos de excluir la diferencia, le da origen por el contrario, de una manera abismal. Los hombres de hoy tenemos dificultad de percatarnos de ello.⁹

En la conferencia *El lenguaje en el poema*, publicada en 1953 e incluida en la obra *De camino al lenguaje*, Heidegger pone de manifiesto este diálogo del pensar con la poesía, a partir de su idea del Poema único. En la poesía de todo poeta yace un único Poema, el cual permanece inexpresado y, a su vez, es pronunciado en cada uno de los poemas; cada



poema adviene de la totalidad del Poema único. Según esto, el diálogo del pensamiento con la poesía se lleva a cabo propiamente en la relación recíproca de dilucidación y clarificación del Poema único. La dilucidación medita por el lugar (Ort) en el que se cierne la palabra del poeta. La pregunta se dirige a la localidad del lugar, al habitar de su decir poético. Pero esta dilucidación del Poema único, advierte Heidegger, lejos está de poder reemplazar la audición de los poemas; antes bien, puede hacer más pensativa la audición al conducir los poemas particulares de un poeta al lugar de su decir poético.

El Poema único es aquello que no se dice, que siempre se sustrae en el lenguaje; nunca se le pronuncia en su totalidad, y, sin embargo, tiene su aparición en lo expresado a partir de los poemas particulares. ¿Cómo puede lo impronunciado decirse en los poemas particulares y, a su vez, retraerse en lo indecible? Por eso, a la dilucidación del lugar del decir poético le es necesaria la clarificación, llevar a lo claro (*Lichtung*) lo expresado en cada uno de los poemas, y de allí volver a la dilucidación del lugar del Poema Único. La dilucidación presupone la clarificación, y ésta requiere de la dilucidación. Tal reciprocidad entre dilucidación y clarificación es necesaria cuando se establece el diálogo del pensamiento con la poesía. En la experiencia que Heidegger realiza con la obra poética de Georg Trakl descubre en el retraimiento el Poema Único:

Todo lo que dicen los poemas de Georg Trakl permanece recogido en torno a la andanza del extraño. Éste es y se llama el Retraído. A través de él y en torno a él todo el decir poético está templado en un canto único. Y puesto que sus poemas están recogidos en el Canto del Retraído, denominamos el lugar de su decir poético el retraimiento (*die Abgeschlossenheit*).¹⁰

Con todo, la experiencia pensante con el lenguaje del poema, aunque alberga innumerables peligros, en especial el peligro de no nombrar lo esencial del lenguaje poético, es ante todo una invitación a escuchar la resonancia del lenguaje que, en el monólogo que mantiene consigo mismo, a veces se decide a resonar en la palabra fundadora del poeta. El pensamiento, situado originariamente en su vecindad, ha



de estar atento a la palabra, que al nombrar invoca y hace venir a la presencia, a las cosas y al mundo. Pensamiento y poesía son los modos pre-eminentes del lenguaje, los cuales de ningún modo pueden ser tomados en su indiferenciación; ambos nombran el ser pero cada uno lo hace desde la región del lenguaje que le es propia. El reconocimiento de esta vecindad, quizá impida que queden sin conocerse los troncos vecinos, la poesía, el canto y el pensamiento, y el tiempo en que están erguidos en lo profundo del bosque y haga posible el estar atentos al llamado que habla del brotar unísono del ser y del elevarse en su verdad.

Notas

- 2 HEIDEGGER, Martín. *De camino al habla*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1987. p. 186
- 3 HEIDEGGER, Martín. *Op.cit.*, p. 155
- 4 cfr. HEIDEGGER, Martín. *Op.cit.*, p. 210
- 5 VATTIMO, Gianni. Introducción a Heidegger. México: Ed. Gedisa, 1987. p. 117
- 6 HEIDEGGER. *Op.cit.*, p. 181
- 7 GADAMER, Hans-Georg. *La herencia de Europa*. Barcelona: Ediciones Península, 1990. p. 81
- 8 HEIDEGGER, Martín. ¿Qué es metafísica? "El final de la filosofía y la tarea del pensar". Salamanca: Ediciones Narcea, 1985. p. 119
- 9 HEIDEGGER, Martín. ¿Qué significa pensar? Buenos Aires: Ed. Nova. p. 130
- 10 HEIDEGGER, Martín. El lenguaje en el poema. En: "De camino al lenguaje". p. 48